



José Antonio Sayagués. ACTOR Y DIRECTOR DE TEATRO

“Con tres años, cuando no sabía qué era ser actor, ya me gustaba imitar todo”

“Pelayo era un papel para hacer cuatro secuencias, pero llevo ya 2.200” ■ “Creé la singularidad del personaje con refranes que estaban a flor de piel hace doce años, pero corrí el riesgo de que me echaran de la serie”

BEGOÑA F. ORIVE

JOSÉ Antonio Sayagués, popular actor salmantino, presenta hoy en la Facultad de Filología (a las 19:00 horas) el libro “Memorias de un cómico”, donde recorre su vida en primera persona y a través de 28 semblanzas que se recogen en el volumen.

—Empecemos por la madre del cordero. ¿Por qué escribió este libro?

—La Fundación AISGE, que representa los derechos de imagen de los actores, tiene una colección de 92 títulos. Ellos me llamaron hace año y medio para que formara parte de esa colección de personalidades de la escena española. Fue una sorpresa que quisieran que estuviera junto a gente como José Bódalo y grandes maestros de los que aprendí muchas cosas.

—Y no lo dudó.

—Me parecía excesivo estar en esa selección, pero me dijeron que no. Y que podía contar mi trayectoria. Pensé en los más allegados, en que por la compañía Garufa Teatro han pasado casi 600 personas, en los seminarios que di, en la gente a la que he dirigido... Hablé con algunos de ellos y de ahí han salido 28 personas que cuentan en el libro su relación conmigo, entre ellos el actor Carmelo Gómez; músicos como García Bernalt o Víctor Reyes... Yo no tenía memoria ni de la cuarta parte de lo que ellos cuentan.

—Pero sí hay recuerdos muy nítidos de su vida. Usted cuenta que su madre cantaba en la radio, que fue actriz de teatro y que le regaló unos programas de cine que fueron su perdición.

—Forman parte de mi vida y han pervivido en mi alma. Y han ido llenando un vaso en el que se iba sedimentando mi vocación. No sé si todo lo que cuento en el libro me buscaba a mí o yo lo iba buscando. Porque se produjo una sincronía. Y desde los tres o cuatro años, cuando no sabía qué era ser actor o cómico, me gustaba imitar todo, transformarme...

—De niño veía Estudio 1, de TVE, en casa de una vecina.

—Y cuando se retomó Estudio 1 hace unos años hice “La viuda valenciana”, de Lope de Vega, con Aitana Sánchez-Gijón, Fran Perea y Jorge Roelas. Se hizo en el mismo espacio que yo anhelaba de niño, cuando veía allí a Bódalo, Luis Varela, Berta Riaza y a los grandes del país. Y 30 o 35 años después de que yo viera Estudio 1 de niño, fue como si mi espíritu siempre hu-



José Antonio Sayagués presenta esta tarde su libro en Salamanca.

“Me quitaron dos nódulos en 1984 de las cuerdas vocales y me dijeron que me olvidara de ser actor. Trabajé con pequeñas canicas en la boca y encontré el camino”

biera estado allí. Es algo muy curioso, como si un caleidoscopio lo fuera conformando todo. Y al final, aparece el cómico, un hombre que sabe dónde está, de dónde viene y dónde quiere ir. Encontrarse uno a sí mismo y tener un sentido claro de la identidad es fantástico.

—Escribe en el libro que en 1984 un día se levantó sin voz. Le operaron, le extrajeron dos nódulos de las cuerdas vocales y le dijeron que se olvidara de ser actor.

—Aquello fue muy duro. Y luché

“El trabajo actual de la serie es durísimo. Hay días que se rueda un capítulo y medio. Hay que tener el guión muy bien aprendido. No hay improvisaciones”

mucho durante muchos años.

—Emulando a Demóstenes, trabajó con pequeñas canicas en su boca...

—Jugaba con lapiceros también. Y aprendí a manejarlos con el gesto para compensar la deficiencia vocal. Desarrollé el gesto en la cara, en los brazos, en las manos, en el cuerpo en definitiva. Todo eso me ayudaba a expresarme mejor porque la voz no me llegaba. Pero poco a poco fui consiguiendo mejorar, con esa voluntad de cambiarlo

todo y de cambiar hasta la genética, si llega el caso. Era tal el deseo de cambiarlo, que al final encontré el camino. Si uno lanza su atención sobre algo, eso se expande.

—Estuvo ocho años sin subir a un escenario hasta que Gómez Toranzo le dijo que recuperaría la voz.

—Ocho años, sí. Me recomendó una logopeda que me ayudó. Y todo el trabajo que yo había hecho antes fue un trabajo ganado. A partir de ahí seguí trabajando y trabajando. Y cuando volví a Madrid busqué a una especialista en voz para que la depurara. Llegamos a conseguir una mayor fonalidad, una escala mayor; y llegué a cantar de nuevo.

—Y cantó ante José Tamayo “El himno de la alegría” en Madrid y consiguió un papel en una zarzuela. Pero tuvo que renunciar porque el salario era insuficiente para mantener a la familia.

—Para mantener a la familia trabajaba de día, estudiaba por la noche... Y Martín Recuerda se ofreció a enseñarme a interpretar los fines de semana en su casa. Entonces le pregunté a ver si estaba perdiendo el tiempo y me dijo que no, que un actor necesita sensibilidad y talento; que yo tenía ambas cosas y que no las desaprovechara. Le hice caso, pero el camino ha sido largo y muy duro. Aunque yo tenía fe en mí mismo. Y sabía qué quería por encima de las dificultades y las trampas.

—Nunca ha sentido rencor por nadie.

—Nunca he odiado a nadie. La vida es así. Hay que luchar, defender lo que uno considera que es justo y válido. Alguna razón tendría para conseguir lo que he logrado. Pero mi objetivo no era llegar a ninguna parte, sino andar un camino. He disfrutado andando el camino y ha sido muy valioso, como veo cuando leo qué han escrito sobre mí en el libro. Ha sido un regalo maravilloso. Algunas personas más han querido escribir; pero no podíamos hacer el libro más grande.

—Si saltamos al momento en que logra popularidad, tenemos que poner la mirada en las series televisivas.

—Antes me tiré cinco años viajando a Madrid para hacer castings con 80 o 100 personas delante. Cuento en el libro cómo en un momento determinado solo quería que me dejaran hablar porque era llegar a la marca, decir el nombre y volver a Salamanca. Fueron cinco años de viajes cada semana a

Madrid. La competencia era tremenda y me di cuenta de que la única salida —dado mi bagaje teatral— era ser singular y romper los esquemas.

—A partir de ahí se le abrieron las puertas de la fama.

—Empecé a hacer anuncios, a nivel nacional e internacional, y empezaron a salir series. Y cuando empecé con el papel de Pelayo me llamaron directamente, sin casting. Fue un papel para hacer cuatro secuencias, pero llevo ya 2.200 secuencias. Creé la singularidad del personaje, rompí los esquemas, aunque corrí el riesgo de que me echaran.

—¿Pudo hacer aportaciones de su cosecha al guión?

—Al empezar la serie empecé a incluir refranes que estaban a flor de piel en la época en la que se ambientaba la serie. Pensé que si me echaban a la tercera secuencia, cuando tenía cuatro secuencias, no iba a pasar nada. Pero hubo un momento en el que respetando lo que dice el guionista al 100%, pude introducir expresiones, como las relativas a las charritas y a Salamanca. Calaron y escribí el libro “Los dichos de Pelayo”, con dichos del refranero popular y expresiones propias, que ha sido un éxito. Eso le dio a Pelayo un peso específico y llevo haciendo este personaje 12 años.

—Y ahora tiene un plan de rodaje muy exhaustivo. ¿Cómo es una de sus jornadas de trabajo?

—Me levanto a las 5.30 de la mañana para desayunar, ducharme y espabilarme. Me recogen, llevo a las 7:15 al plató para vestirme, maquillarme y empezar a las 8:00 a rodar. Hay jornadas en las que terminamos a las 18:15 horas. Ese es un horario habitual. Y el fin de semana hay que estudiar porque un día puedes tener que rodar siete secuencias, que son 28 folios. Yo suelo ir un par de días por delante del rodaje para que no me pille el toro. Pero también hay veces que terminas de rodar y vas a casa a estudiar para el día siguiente.

—Vaya ritmo.

—Es un ritmo durísimo. Hay que estar muy despierto porque se llega a rodar capítulo y medio diario. Y hay que tener el guión muy bien aprendido. No hay improvisaciones.

—¿Y a qué hora cierra su persona particular?

—Como muy tarde las 23:00 horas, después de leer algo y relajado, estoy en la cama. Mi reloj biológico ya se ha adaptado a este ritmo.